

modestia vergonzosa, y la cordura,
el sossegado y gran recogimiento,
Y otras virtudes mil, que la hermosura,
que en todo el mundo os da nombre fa-
[moso,
encumbran á la más suprema altura,
En passo tan estrecho y peligroso
mi corazón han puesto, hermosa Alcida,
que en nada puedo hallar cierto reposo.
Lo mesmo que á quereros me convida,
el alma así refrena, que quisiera
callar, aunque es á costa de la vida.
¿Cuál hombre duro vido la manera
conque mirando echáis rayos ardientes,
que no enmudezca allí y callando muera?
¿Quién las bellezas raras y excelentes
vido de más quilate y mayor cuenta
que todas las passadas y presentes,
Que en la alma un nuevo amor luego no
[sienta,
tal que la causa dél le atierre tanto,
que solamente hablar no le consienta?
Tanto callando sufro, que me espanto
que no esté de congoja el pecho abierto
y el corazón deshecho en triste llanto.
Esme imposible el gozo, el dolor cierto,
la pena firme, vana la esperanza:
vivo sin bien, y el mal me tiene muerto.
En mí mesmo de mí tomo venganza,
y lo que más desseo, menos viene,
y aquello que más huyo, más me alcanza,
Aguardo lo que menos me conviene,
y no admito consuelo á mi tristura,
gozando del dolor que el alma tiene.
Mí vida y mi deleite tanto dura
cuanto dura el pensar la gran distancia
que hay de mí á tal gracia y hermosura.
Porque concibo en la alma una arrogancia
de ver que en tal lugar supe emplealla,
que el corazón esfuerzo y doy constancia.
Pero contra mí mueve tal batalla
vuestro gentil y angélico semblante,
que no podrán mil vidas esperalla.
Mas no hay tan gran peligro que me espante,
ni tan fragoso y áspero camino,
que me estorbe de andar siempre adelante.
Siguiendo voy mi proprio desatino,
voy tras la pena y busco lo que daña,
y ofrezco al llanto el ánimo mezquino.
Perpetuo gozo alegre y acompaña
mi vida, que penando está en sosiego,
y siente en los dolores gloria extraña.
La pena me es deleite, el llanto juego,

descanso el suspirar, gloria la muerte,
las llagas sanidad, reposo el fuego.
Cosa no veo jamás que no despierte
y avive en mí la furia del tormento,
pero recibo en él dichosa suerte.
Estos males, señora, por vos siento,
destas passiones vivo atormentado
con la fatiga igual al sufrimiento.
Pues muévaos á piedad un desdichado,
que ofresce á vuestro amor la propia vida,
pues no pide su mal ser remediado,
mas sólo ser su pena conocida.

Esta fué la carta que le escribí, y si
ella fuera tan bien hecha como fué ventu-
rosa, no trocara mi habilidad por la de
Homero. Llegó á las manos de Alcida, y
aunque de mis razones quedó alterada, y
de mi atrevimiento ofendida; pero al fin,
tener noticia de mi pena hizo, según des-
pués entendí, en su corazón mayor efecto
de lo que yo de mi desdicha confiaba. Co-
mencé á señalarme su amante, haciendo
justas, torneos, libreas, galas, invenciones,
versos y motes por su servicio, durando en
esta pena por espacio de algunos años. Al
fin de los cuales Egerio me tuvo por me-
rescedor de ser su yerno, y por intercessión
de algunos principales hombres de la tierra
me ofresció a su hija Alcida por mujer.
Tratamos que los desposorios se hiciesen
en la ciudad de Lisboa, porque el rey de
lusitanos en ellos estuviere presente; y
assí, despachando un correo con toda dili-
gencia, dimos cuenta al rey de este ca-
samiento, y le suplicamos que nos diese
licencia para que, encomendando nuestros
cargos á personas de confianza, fuésemos
allá á solemnizarlo. Luego por toda la ciu-
dad y lugares apartados y vecinos se ex-
tendió la fama de mi casamiento, y causó
tan general placer, como á tan hermosa da-
ma como Alcida y a tan fiel amante como
yo se debía. Hasta aquí llegó mi bienaven-
turanza, hasta aquí me encumbró la for-
tuna, para después abatirme en la profun-
didad de miserias en que me hallo. ¡Oh,
transitorio bien, mudable contento; oh, de-
leite variable; oh, inconstante firmeza de
las cosas mundanas! ¿Qué más pude reci-
bir de lo que recibí y qué más puedo pa-
descer de lo que padezco? No me mandes,
pastora, que importune tus oídos con más

larga historia, ni que lastime tus entrañas
con mis desastres. Conténtate agora con
saber mi pasado contentamiento, y no quie-
ras saber mi presente dolor, porque está
cierta que ha de enfadarte mi prolijidad y
de alterarte mi desgracia. A lo cual res-
pondió DIANA: Deja, Marcelio, semejantes
excusas, que no quise yo saber los sucessos
de tu vida para gozar sólo de tus place-
res, sin entristecerme de tus pesares, antes
quiero dellos toda la parte que cabrá en
mi congojado corazón. ¡Ay, hermosa pas-
tora, dijo MARCELIO, cuán contento queda-
ría si la voluntad que te tengo no me for-
zasse á complacerte en cosa de tanto dolor!
Y lo que más me pesa es que mis des-
gracias son tales que han de lastimar tu
corazón cuando las sepas, que la pena que
he de recibir en contallas no la tengo en
tanto que no la sufriese de grado á trueco
de contentarte. Pero yo te veo tan deseosa
de sabellas, que me será forzado causarte
tristeza, por no agraviar tu voluntad. Pues
has de saber, pastora, que después que fué
concertado mi desventurado casamiento, ve-
nida ya la licencia del rey, el padre Euge-
rio, que viudo era, el hijo Polydoro, las
dos hijas Alcida y Clenarda y el desdicha-
do Marcelio, que su dolor te está con-
tando, encomendados los cargos que por el
rey teníamos á personas de confianza, nos
embarcamos en el puerto de Ceuta, para ir
por mar á la noble Lisboa á celebrar,
como dije, en presencia del rey el matri-
monio.

El contento que todos llevábamos nos hi-
zo tan ciegos, que en el más peligroso tiem-
po del año no tuvimos miedo á las tem-
pestuosas ondas que entonces suelen hin-
chase, ni á los furiosos vientos, que en
tales meses acostumbran embravecerse; sino
que, encomendando la frágil nave á la in-
constante fortuna, nos metimos en el pe-
ligroso mar, descuidados de sus continuas
mudanzas é innumerables infortunios. Mas
poco tiempo passó que la fortuna castigó
nuestro atrevimiento, porque antes que la
noche llegasse, el piloto descubrió mani-
fiestas señales de la venidera tempestad.
Comenzaron los espesos ñublados á cubrir
el cielo, empezaron á murmurar las aira-
das ondas, los vientos á soplar por contra-
rias y diferentes partes. ¡Ay, tristes y pe-

ligrosas señales! dijo el turbado y teme-
roso piloto; ¡ay, desdichada nave, qué
desgracia se te apareja, si Dios por su
bondad no te socorre! Diciendo esto vino
un ímpetu y furia tan grande de viento,
que en las extendidas velas y en todo el
cuerpo de la nave sacudiendo, la puso en
tan gran peligro, que no fué bastante el
governalle para regirla, sino que, siguiendo
el poderoso furor, iba donde la fuerza de
las ondas y vientos la impelia. Acabó poco
á poco á descarrarse la tempestad, las fu-
riosas ondas cubiertas de blanca espuma
comienzan á ensoberbecerse. Estaba el cielo
abundante lluvia derramando, furibundos
rayos arrojando y con espantosos truenos
el mundo estremeciendo. Sentíase un es-
pantable ruido de las sacudidas maromas, y
movían gran terror las lamentables voces
de los navegantes y marineros. Los vientos
por todas partes la nave combatían, las
ondas con terribles golpes en ella sacudiendo,
las más enteras y mejor clavadas tablas
hendían y desbarataban. A veces el sober-
bio mar hasta el cielos nos levantaba y luego
hasta los abismos nos despeñaba, y á veces
espantosamente abriéndose, las más profun-
das arenas nos descubría. Los hombres y
mujeres á una y otra parte corriendo, su des-
venturada muerte dilatando, unos entraña-
bles suspiros esparcían, otros piadosos vo-
tos ofrescían y otros dolorosas lágrimas de-
rramaban. El piloto con tan brava for-
tuna atemorizado, vencido su saber de la
perseverancia y braveza de la tempestad,
no sabía ni podía regir el governalle. Ig-
noraba la naturaleza y origen de los vien-
tos, y en un mesmo punto mil cosas di-
ferentes ordenaba. Los marineros, con la
agonía de la cercana muerte turbados, no
sabían ejecutar lo mandado, ni con tantas
voces y ruido podían oír el mandamiento
y orden del ronco y congojado piloto. Unos
amainan la vela, otros vuelven la antena,
otros añudan las rompidas cuerdas, otros
remiendan las despedazadas tablas, otros el
mar en el mar vacían, otros el timón so-
corren, y en fin todos procuran defender la
miserable nave del inevitable perdimiento.
Mas no valió la diligencia, ni aprovecha-
ron los votos y lágrimas para ablandar el
bravo Neptuno. Antes cuanto más se iba
acercando la noche, más cargaron los vien-

tos y más se ensañaron las tempestades.

Venida ya la tenebrosa noche, y no amansándose la fortuna, el padre EUGERIO, desconfiado de remedio, con el rostro temeroso y alterado, á sus hijos y yerno mirando, tenía tanta agonía de la muerte que habíamos de pasar, que tanto nos dolía su congoja como nuestra desventura. Mas el lloroso viejo, rodeado de trabajos, con lamentable voz y tristes lágrimas decía de esta manera: ¡Ay, mudable Fortuna, enemiga del humano contento, tan gran desdicha le tenías guardada á mi triste vejez! ¡Oh, bienaventurados los que en juveniles años mueren, lidiando en las sangrientas batallas, pues no llegando á la cansada edad no vienen á peligro de llorar los desastres y muertes de sus amados hijos! ¡Oh, fuerte mal; oh, triste successo! ¿Quién jamás murió tan dolorosamente como yo, que esperando consolar mi muerte con dejar en el mundo quien conserve mi memoria y mi linaje, he de morir en compañía de los que habían de solemnizar mis obsequias? Oh, queridos hijos, ¿quién me dijera á mí, que mi vida y la vuestra se habían de acabar á un mismo tiempo y habían de tener fin con una misma desventura? Querría, hijos míos, consolaros; mas ¿qué puede decirnos un triste padre, en cuyo corazón hay tanta abundancia de dolor y tan grande falta de consuelo? Mas consolaos, hijos; armad vuestras almas de sufrimiento, y dejad á mi cuenta toda la tristeza, pues allende de morir una vez por mí, he de sufrir tantas muertes cuantas vosotros habéis de pasar. Esto decía el congojado padre con tantas lágrimas y sollozos, que apenas podía hablar, abrazando los unos y los otros por despedida, antes que llegase la hora del perdimiento. Pues contarte yo ahora las lágrimas de Alcida, y el dolor que por ella yo tenía, sería una empresa grande y de mucha dificultad. Sólo una cosa quiero decirte: que lo que más me atormentaba, era pensar que la vida que yo tenía ofrescida á su servicio hubiese de perderse juntamente con la suya. En tanto la perdida y maltratada nave con el ímpetu y furia de los bravos ponientes, que por el estrecho passo que de Gibraltar se nombra rabiosamente soplaban, corriendo con más ligereza de la que á nuestra

salud convenía, combatida por la poderosa Fortuna por espacio de toda la noche y en el siguiente día, sin poder ser regida con la destreza de los marineros, anduvo muchas leguas por el espacioso mar Mediterráneo, por donde la fuerza de los vientos la encaminaba.

El otro día después pareció la Fortuna querer amansarse; pero volviendo luego á la acostumbrada braveza, nos puso en tanta necesidad que no esperábamos una hora de vida. En fin, nos combatió tan brava tempestad, que la nave, compélida de un fuerte torbellino, que le dió por el izquierdo lado, estuvo en tan gran peligro de trastornarse, que tuvo ya el bordo metido en el agua. Yo que vi el peligro manifiesto, desciñéndome la espada, porque no fuese embarazo, y abrazándome con Alcida, salté con ella en el batel de la nave. Clenarda, que era doncella muy suelta, siguiéndonos, hizo lo mismo, no dejando en la nave su arco y aljaba, que más que cualesquiera tesoros estimaba. Polydoro abrazándose con su padre, quiso con él saltar en el batel como nosotros; mas el piloto de la nave y un otro marinero fueron los primeros á saltar, y al tiempo que Polydoro con el viejo Eugerio quiso salir de la nave, viniendo por la parte diestra una borrasca, apartó tanto el batel de la nave, que los tristes hubieron de quedar en ella, y de allí á poco rato no la vimos, ni sabemos della, sino que tengo por cierto que por las crueles ondas fué tragada, ó dando al través en la costa de España, miserablemente fué perdida. Quedando, pues, Alcida, Clenarda y yo en el pequeño esquife, guiados con la industria del piloto y de otro marinero, anduvimos errando por espacio de un día y de una noche, aguardando de punto en punto la muerte, sin esperanza de remedio y sin saber la parte donde estábamos. Pero en la mañana siguiente nos hallamos muy cerca de la tierra, y dimos al través en ella. Los dos marineros, que muy diestros eran en nadar, no sólo salieron á nado á la deseada tierra, pero nos sacaron á todos, llevándonos á seguro salvamiento. Después que estuvimos fuera de las aguas, amarraron los marineros el batel á la ribera, y reconociendo la tierra donde habíamos llegado, hallaron que era la isla Formen-

tera, y quedaron muy espantados de las muchas millas que en tan poco tiempo habíamos corrido. Mas ellos tenían tan larga y cierta experiencia de las maravillas que suelen hacer las bravas tempestades, que no se espantaron mucho del discurso de nuestra navegación. Hallámonos seguros de la Fortuna, pero tan tristes de la pérdida de Eugerio y Polydoro, tan mal tratados del trabajo y tan fatigados de hambre, que no teníamos forma de alegrarnos de la cobrada vida.

Dejo agora de contarte los llantos y extremos de Alcida y Clenarda por haber perdido el padre y hermano, por pasar adelante la historia del desdichado successo que me aconteció en esta solitaria isla; porque después que en ella fui librado de la crueldad de la Fortuna, me fué el Amor tan enemigo, que pareció pesarle de ver mi vida libre de la tempestad, y quiso que al tiempo que por más seguro me tuviese, entonces con nueva y más grave pena fuese atormentado. Hirió el maligno Amor el corazón del piloto, que Bartofano se decía, y le hizo tan enamorado de la hermosura de Clenarda, su hermana de Alcida, que por salir con su intento olvidó la ley de amicitia y fidelidad, imaginando y efectuando una extraña traición. Y fué así, que después de las lágrimas y lamentos que las dos hermanas hicieron, aconteció que Alcida, cansada de la pasada fatiga, se recostó sobre la arena, y vencida del importuno sueño se durmió. Estando en esto le dije yo al piloto: Bartofano amigo, si no buscamos qué comer, ó por nuestra desdicha no lo hallamos, podemos hacer cuenta que no habemos salvado la vida, sino que habemos mudado manera de muerte. Por esso, querría, si te place, que tú y tu compañero fuéssedes al primer lugar que en la isla se os ofresciere para buscar qué comer. Respondió BARTOFANO: Harto hizo la Fortuna, señor Marcelio, en llevarnos á tierra, aunque sea despoblada. Desengáñate de hallar qué comer aquí, porque la tierra es desierta y de gentes no habitada. Mas yo diré un remedio para que no perezamos de hambre. ¿Ves aquella isleta que está de frente, cerca de donde estamos? Allí hay gran abundancia de venados, conejos, liebres y otra caza, tanto

que van por ella grandes rebaños de silvestres animales. Allí también hay una ermita, cuyo ermitaño tiene ordinariamente harina y pan. Mi parescer es que Clenarda, cuya destreza en tirar arco te es manifiesta, passe con el batel á la isla para matar alguna caza, pues el arco y flechas no le faltan, que mi compañero y yo la llevaremos allá; y tú, Marcelio, queda en compañía de Alcida, que será posible que antes que se despierte volvamos con abundancia de fresca y sabrosa provisión.

Muy bien nos pareció á Clenarda y á mí el consejo de Bartofano, no cayendo en la alevosía que tenía fabricada. Mas nunca quiso Clenarda pasar á la isleta sin mi compañía, porque no osaba fiarse en los marineros. Y aunque yo me excusé de ir con ella, diciendo que no era bien dejar á Alcida sola y durmiendo en tan solitaria tierra, me respondió que, pues el espacio de mar era muy poco, la caza de la isla mucha y el mar algún tanto tranquilo, porque en estar nosotros en tierra había mostrado amansarse, podíamos ir, cazar y volver antes que Alcida, que muchas noches había que no había dormido, se despertase. En fin; tantas razones me hizo que, olvidado de lo que más me convenía, sin más pensar en ello, determiné acompañarla, lo cual le pesó harto a Bartofano, porque no quería sino á Clenarda sola, para mejor efectuar su engaño. Mas no le faltó al traidor forma para poner por obra la alevosía: porque dejada Alcida durmiendo, metidos todos en el esquife, nos echamos á la mar, y antes de llegar á la isleta, estando yo descuidado y sin armas, porque todas las había dejado en la nave, cuando salté de ella por salvar la vida, fui de los dos marineros assaltado, y sin poderme valer, preso y maniatado.

Clenarda, viendo la traición, quiso de dolor echarse en el mar; mas por el piloto fué detenida antes; apartándola á una parte del esquife, en secreto le dijo: No tomes pena, de lo hecho, hermosa dama, y sosiega tu corazón, que todo se hace por tu servicio. Has de saber, señora, que éste Marcelio, cuando llegamos á la isla desierta, me habló secretamente y me rogó que te aconsejase que passases para cazar á la isla, y cuando estuviésemos en mar, encaminasse la proa hacia Levante, seña-

lándome que estaba enamorado de ti y quería dejar en la isla á tu hermana, por gozar de ti á su placer y sin impedimento. Y aquel no querer acompañarte era por dissimulación y por encubrir su maldad. Mas yo, que veo el valor de tu hermosura, por no perjudicar á tu merecimiento, en el punto que había de hacerte la traición, he determinado serte leal y he atado á Marcelio, como has visto, con determinación de dejarle así á la ribera de una isla que cerca de aquí está y volver después contigo adonde dejamos á Alcida. Esta razón te doy de lo hecho; mira tú agora lo que determinas.

Oyendo esto Clenarda, creyó muy de veras la mentira del traidor, y túvome una ira mortal, y fué contenta que yo fuesse llevado donde Bartofano dijo. Mirábame con un gesto airado, y de rabia no podía hablarme palabra, sino que en lo íntimo de su corazón se gozaba de la venganza que de mí se había de tomar, sin nunca advertir el engaño que se le hacía. Conosci yo en Clenarda que no le pesaba de mi prisión, y así le dije: ¿Qué es esto, hermana? ¿tan poca pena te parece la mía y la tuya que tan presto hicieron fin tus llantos? ¿Quizá tienes confianza de verme presto libre para tomar venganza de estos traidores? Ella entonces, brava como leona, me dijo que mi prisión era porque había pretendido dejar á Alcida y llevarme á ella, y lo demás que el otro le había falsamente recitado. Oyendo esto sentí más dolor que nunca, y ya que no pude poner las manos en aquellos malvados, los traté con injuriosas palabras; y á ella le di tal razón, que conoció ser aquella una grande traición, nascida del amor de Bartofano. Hizo Clenarda tan gran lamento, cuando cayó en la cuenta del engaño, que las duras piedras ablandara; mas no enternesció aquellos duros corazones.

Considera tú agora que el pequeño batel por las espaciosas ondas caminando largo trecho con gran velocidad habría corrido, cuando la desdichada Alcida despertándose sola se vido, y desamparada volvió los ojos al mar y no vido el esquife; buscó gran parte de la ribera, y no halló persona. Puedes pensar, pastora, lo que debió sentir en este punto. Imagina las lágrimas que

derramó, piensa agora los extremos que hizo, considera las veces que quiso echarse en el mar y contempla las veces que repitió mi nombre. Mas ya estábamos tan lejos, que no oíamos sus voces, sino que vimos que con una toca blanca, dando vueltas en el aire con ella, nos incitaba para la vuelta. Mas no lo consintió la traición de Bartofano. Antes con gran presteza caminando, llegamos á la isla de Ibiza, donde desembarcamos, y á mí me dejaron en la ribera amarrado á una anclora que en tierra estaba. Acudieron allí algunos marineros conocidos de Bartofano, y tales como él, y por más que Clenarda les encomendó su honestidad, no aprovechó para que mirassen por ella, sino que dieron al traidor suficiente provisión, y con ella se volvió a embarcar en compañía de Clenarda, que á su pesar hubo de seguille. y después acá nunca más los he visto, ni sabido dellos.

Quedé yo allí hambriento y atado de pies y manos. Pero lo que más me atormentaba, era la necesidad y pena de Alcida, que en la Formentera sola quedaba, que la mía luego fué remediada. Porque á mis voces vinieron muchos marineros, que siendo más piadosos y hombres de bien que los otros, me dieron qué comiese. E importunados por mí, armaron un bergantín, donde puestas algunas viandas y armas se embarcaron en mi compañía, y no pasó mucho tiempo que el velocísimo navío llegó á la Formentera, donde Alcida había quedado. Mas por mucho que en ella busqué y di voces, no la pude hallar ni descubrir. Pensé que se había echado en el mar desesperada ó de las silvestres fieras había sido comida. Mas buscando y escudriñando los llanos, riberas, peñas, cuevas y los más secretos rincones de la isla, en un pedazo de peña hecho á manera de padrón hallé unas letras escritas con punta de acerado cuchillo, que decían:

Soneto.

Arenoso, desierto y seco prado,
tú, que escuchaste el son de mi lamento,
hinchado mar, mudable y fiero viento,
con mis suspiros tristes alterado.
Duro peñasco, en do escripto y pintado

perpetuamente queda mi tormento,
cierta relación de lo que siento,
pues que Marcelio sola me ha dejado.
Llevó mi hermana, á mí puso en olvido,
y pues su fe, su vela y mi esperanza
al viento encomendó, sedme testigos.
Que más no quiero amar hombre nascido,
por no entrar en un mar do no hay bonanza
ni pelear con tantos enemigos.

No quiero encarescete, pastora, la herida que yo sentí en el alma cuando leí las letras, conociendo por ellas que por ajena alevosía y por los malos sucessos de Fortuna quedaba desamado, porque quiero dejarla á tu discreción. Pero no queriendo vida rodeada de tantos trabajos, quise con una espada traspasar el miserable pecho, y así lo hiciera si de aquellos marineros con obras y palabras no fuera estorbado. Volvíronme casi muerto en el bergantín, y condescendiendo con mis importunaciones, me llevaron por sus jornadas camino de Italia, hasta que me desembarcaron en el puerto de Gayeta, del reino de Nápoles, donde preguntando á cuantos hallaba por Alcida, y dando las señas della, vine á ser informado por unos pastores que había llegado allí con una nave española, que pasando por la Formentera, hallándola sola, la recogió, y que por esconderse de mí se había puesto en hábito de pastora. Entonces yo, por mejor buscarla, me vestí también como pastor, rodeando y escudriñando todo aquel reino, y nunca hallé rastro della hasta que me dijeron que huyendo de mí, y sabiendo que tenía della información, con una nave genovesa había pasado en España. Embarquéme luego en su seguimiento, y llegué acá á España, y he buscado la mayor parte della, sin hallar persona que me diese nuevas desta cruel, que con tanta congoja busco. Esta es, hermosa pastora, la tragedia de mi vida, esta es la causa de mi muerte, este es el processo de mis males. Y si en tan pesado cuento hay alguna prolijidad, la culpa es tuya, pues para contarle por ti fui importunado. Lo que te ruego agora es que no quieras dar remedio á mi mal, ni consuelo á mi fatiga, ni estorbar las lágrimas que con tan justa razón á mi pena son debidas.

Acabando estas razones comenzó Marce-

lio á hacer tan doloroso llanto y suspirar tan amargamente, que era gran lástima de vello. Quiso Diana darle nuevas de su Alcida, porque poco había que en su compañía estaba, pero por cumplir con la palabra que había dado de no decillo, y también porque vió que le había de atormentar más, dándole la noticia de la que en tal extremo le aborrescía, por eso no curó de decille más de que se consolasse y tuviesse mucha confianza, porque ella esperaba velle antes de mucho muy contento con la vista de su dama. Porque si era verdad, como creía, que iba Alcida entre los pastores y pastoras de España, no se le podía esconder, y que ella la haría buscar por las más extrañas y escondidas partes della. Mucho le agradesció Marcelio á Diana tales ofrescimientos, y encargándole mucho mirasse por su vida, haciendo lo que ofrescido le había, quiso despedirse della, diciendo que passados algunos días pensaba volver allí, para informarse de lo que habría sabido de Alcida; pero Diana le detuvo, y le dijo: No seré yo tan enemiga de mi contento que consienta te apartes de mi compañía. Antes, pues de mi esposo Delio me veo desamparada, como tú de tu Alcida, querría, si te place, que comiesses algunos bocados, porque muestras haberlo menester, y después desto, pues las sombras de los árboles se van haciendo mayores, nos fuésemos á mi aldea, donde con el descanso que el continuo dolor nos permitirá, passaremos la noche, y luego en la mañana iremos al templo de la casta Diana, do tiene su asiento la sabia Felicia, cuya sabiduría dará algun remedio á nuestra pasión. Y porque mejor puedas gozar de los rústicos tratos y simples llanezas de los pastores y pastoras de nuestros campos, será bien que no mudes el hábito de pastor que traes, ni des á nadie á entender quién eres, sino que te nombres, vistas y trates como pastor.

Marcelio, contento de hacer lo que Diana dijo, comió alguna vianda que ella sacó de su zurrón, y mató la sed con el agua de la fuente, lo que le era muy necesario, por no haber en todo el día comido ni reposado, y luego tomaron el camino de la aldea. Mas poco trecho habían andado, cuando en un espeso bosquecillo, que al-

gún tanto apartado estaba del camino, oyeron resonar voces de pastores, que al son de sus zampoñas suavemente cantaban; y como Diana era muy amiga de música, rogó á Marcelio que se llegasen allá. Estando ya junto al bosquecillo, conoció Diana que los pastores eran Tauriso y Berardo, que por ella penados andaban, y tenían costumbre de andar siempre de compañía y cantar en competencia. Y así Diana y Marcelio, no entrando donde los pastores estaban, sino puestos tras unos robledales, en parte donde podían oír la suavidad de la música, sin ser vistos de los pastores, escucharon sus cantares. Y ellos, aunque no sabían que estaba tan cerca la que era causa de su canto, adivinando cuasi con los ánimos que su enemiga les estaba oyendo, requebrando las pastoriles voces, y haciendo con ellas delicados passos y diferencias, cantaban desta manera:

TAURISO

Pues ya se esconde el sol tras las montañas, dejad el pasto, ovejas, escuchando las voces roncadas, ásperas y extrañas que estoy sin tiento ni orden derramando. Oid cómo las miserables entrañas se están en vivas llamas abrasando con el ardor que enciende en la alma inla angélica hermosura de Diana. [sana

BERARDO

Antes que el sol, dejando el hemisphero, caer permita en hierbas el rocío, tú, simple oveja, y tú, manso cordero, prestad grata atención al canto mío. No cantaré el ardor terrible y fiero, mas el mortal temor helado y frío, con que enfrena y corrige el alma insana la angélica hermosura de Diana.

TAURISO

Cuando imagina el triste pensamiento la perfección tan rara y escogida, la alma se enciende así, que claro siento ir siempre deshaciéndose la vida. Amor esfuerza el débil sufrimiento, y aviva la esperanza consumida, para que dure en mí el ardiente fuego,

que no me otorga un hora de sossiego.

BERARDO

Cuando me paro á ver mi bajo estado y el alta perfección de mi pastora, se arriedra el corazón amedrentado y un frío hielo en el alma triste mora. Amor quiere que viva confiado, y estoilo alguna vez, pero á deshora al vil temor me vuelvo tan sujeto, que un hora de salud no me prometo.

TAURISO

Tan mala vez la luz ardiente veo de aquellas dos clarísimas estrellas, la gracia, el continente y el asseo, con que Diana es reina entre las bellas, que en un solo momento mi deseo se enciende en estos rayos y centellas, sin esperar remedio al fuego extraño que me consume y causa extremo daño.

BERARDO

Tan mala vez las delicadas manos de aquel marfil para mil muertes hechas, y aquellos ojos claros soberanos tiran al corazón mortales flechas, que quedan de los golpes inhumanos mis fuerzas pocas, flacas y deshechas, y tan pasmado, flojo y débil quedo, que vence a mi deseo el triste miedo.

TAURISO

¿Viste jamás un rayo poderoso, cuyo furor el roble antiguo hiende? Tan fuerte, tan terrible y riguroso es el ardor que la alma triste enciende. ¿Viste el poder de un río pressuroso, que de un peñasco altísimo descende? Tan brava, tan soberbia y alterada Diana me parece estando airada.

Mas no aprovecha nada para que el vil temor me dé tristeza pues cuanto más peligros, más firmeza.

BERARDO

¿Viste la nieve en haldas de una sierra con los solares rayos derretida?

Ansí deshecha y puesta por la tierra al rayo de mi estrella está mi vida. ¿Viste en alguna fiera y cruda guerra algún simple pastor puesto en huida? Con no menos temor vivo cuitado, de mis ovejas propias olvidado. Y en este miedo helado merezco más, y vivo más contento, que en el ardiente y loco atrevimiento.

TAURISO

Berardo, el mal que siento es de tal arte, que en todo tiempo y parte me consume, el alma no presume ni se atreve; mas como puede y debe comedia le da la propia vida al niño ciego, y en encendido fuego alegre vive, y como allí recibe gran consuelo, no hay cosa de que pueda haber recelo.

BERARDO

Tauriso, el alto cielo hizo tan bella esta Diana estrella, que en la tierra con luz clara destierra mis tinieblas, las más oscuras nieblas apartando; que si la estoy mirando embelesado, vencido y espantado, triste y ciego los ojos bajo luego, de manera que no puedo, aunque quiera, aventurarme á ver, pedir, dolerme ni quejarme.

TAURISO

Jamás quiso escucharme esta pastora mía, mas persevera siempre en la dureza, y en siempre maltratarme continua su porfía. ¡Ay, cruda pena; ay, fiera gentileza! Mas es tal la firmeza que esfuerza mi cuidado, que vivo más seguro que está un peñasco duro contra el rabioso viento y mar airado, y cuanto más vencido, doy más ardor al ánimo encendido.

BERARDO

No tiene el ancho suelo lobos tan poderosos

cuya braveza miedo pueda hacerme, y de un simple recelo, en casos amorosos, como cobarde vil vengo á perderme. No puedo defenderme de un miedo que en mi pecho gobierna, manda y rige; que el alma mucho aflige y el cuerpo tiene ya medio deshecho. ¡Ay, crudo amor; ay, fiero! ¿con pena tan mortal cómo no muero?

TAURISO

Junto á la clara fuente, sentada con su esposo la pérvida Diana estaba un día, y yo á mi mal presente tras un jaral umbroso, muriendo de dolor de lo que vía: él nada le decía, mas con mano grossera trabó la delicada á torno fabricada y estuvo un rato así, que no debiera; y yo tal cosa viendo, de ira mortal y fiera envidia ardiendo.

BERARDO

Un día al campo vino aserenando al cielo la luz de perfectísimas mujeres, las hebras de oro fino cubiertas con un velo, prendido con dorados alfileres; mil juegos y placeres passaba con su esposo; yo tras un mirto estaba, y vi que él alargaba la mano al blanco velo, y el hermoso cabello quedó suelto, y yo de vello en triste miedo envuelto.

En acabando los pastores de cantar, comenzaron á recoger su ganado, que por el bosque derramado andaba. Y viniendo hacia donde Marcelio y Diana estaban, fué forzado habellos de ver, porque no tuvieron forma de esconderse aunque mucho lo trabajaron. Gran contento recibieron de tan alegre y no pensada vista. Y aunque Berardo quedó con ella atemorizado, el ar-

diente Tauriso con ver la causa de su pena encendió más su deseo. Saludaron cortésmente las pastoras, rogándoles que, pues la Fortuna allí los había encaminado, se fuesen todos de compañía hacia la aldea. Diana no quiso ser descortés, porque no lo acostumbraba, más fué contenta en hacello así. De modo que Tauriso y Berardo encargaron á otros pastores que con ellos estaban que los recogidos ganados hacia la aldea poco á poco llevasen, y ellos, en compañía de Marcelio y Diana, adelantándose, tomaron el camino. Rogóle Tauriso á Diana que á la canción que él diría respondiese; ella dijo que era contenta, y así cantaron esta canción:

- TAURISO. Zagala, ¿por qué razón no me miras, di, enemiga?
- DIANA. Porque los ojos fatiga lo que ofende al corazón.
- TAURISO. ¿Qué pastora hay en la vida que se ofenda de mirar?
- DIANA. La que pretende passar sin querer ni ser querida.
- TAURISO. No hay tan duro corazón que un alma tanto persiga.
- DIANA. Ni hay pastor que contradiga tan adrede á la razón.
- TAURISO. ¿Cómo es esto que no tuerza el amor tu crueldad?
- DIANA. Porque amor es voluntad, y en la voluntad no hay fuerza.
- TAURISO. Mira que tienes razón de remediar mi fatiga.
- DIANA. Esa mesma á mí me obliga á guardar mi corazón.
- TAURISO. ¿Por qué me das tal tormento y qué guardas tu hermosura?
- DIANA. Porque tú el seso y cordura llamas aborrescimiento.
- TAURISO. Será porque sin razón tu braveza me castiga.
- DIANA. Antes porque de fatiga defiende mi corazón.
- TAURISO. Cata que no soy tan feo como te cuidas, pastora.
- DIANA. Conténtate por ahora con que digo que te creo.
- TAURISO. ¿Después de darme pasión me escarnesces, di, enemiga?
- DIANA. Si otro quieres que te diga, pides más de la razón.

En extremo contentó la canción de Tauriso y Diana, y aunque Tauriso por ella sintió las crudas respuestas de su pastora, y con ellas grande pena, quedó tan alegre con que ella le había respondido, que olvidó el dolor que de la crueldad de sus palabras pudiera recibir. A este tiempo el temeroso BERARDO, esforzando el corazón, hincando sus ojos en los de Diana á guisa de congojado cisne, que cercano á su pos-trimería, junto á las claras fuentes va suavemente cantando, levantó la debil y medrosa voz, que con gran pena del sobresaltado pecho le salía, y al son de su zampoña cantó así:

Tenga fin mi triste vida,
pues, por mucho que lloré,
no es mi pena agradescida
ni dan crédito á mi fe.

Estoy en tan triste estado,
que tomara por partido
de ser mal galardonado
solo que fuera creído.

Mas aunque pene mi vida,
y en mi mal constante esté,
no es mi pena agradescida
ni dan crédito á mi fe.

Después de haber dicho Berardo su canción pusieron los dos pastores los ojos en Marcelio, y como era hombre no conocido, no osaban decille que cantasse. Pero, en fin, el atrevido Tauriso le rogó les dijese su nombre, y si era possible dijese alguna canción, porque lo uno y lo otro les sería muy agradable. Y él, sin dalles otra respuesta, volviéndose á Diana, y señalándole que su zampoña tocasse, quiso con una canción contentallos de entrambas las cosas. Y después de dado un suspiro, dijo así:

Tal estoy después que vi
la crueldad de mi pastora,
que ni sé quién soy agora
ni lo que será de mí.

Sé muy bien que, si hombre fuera,
el dolor me hubiera muerto,
y si piedra, está muy cierto

que el llorar me deshiciera.

Llámanme Marcelio á mi,
pero soy de una pastora,
que ni sé quién soy agora
ni lo que será de mí.

Ya la luz del sol comenzaba á dar lugar á las tinieblas, y estaban las aldeas con los domésticos fuegos humeando, cuando los pastores y pastoras, estando muy cerca de su lugar, dieron fin á sus cantares. Llegaron todos á sus casas contentos de la pasada conversación, pero Diana no hallaba sosiego, mayormente cuando supo que no estaba en la aldea su querido Syreno. Dejó á Marcelio aposentado en casa de Melibeo, primo de Delio, donde fué hospedado con mucha cortesía, y ella, viniendo á su casa, convocados sus parientes y los de su esposo, les dió razón de cómo Delio la había dejado en la fuente de los alisos, yendo tras una extranjera pastora. Sobre ello mostró hacer grandes llantos y sentimientos, y al cabo de todos ellos les dijo que su determinación era ir luego por la mañana al templo de Diana, por saber de la sabia Felicia nuevas de su esposo. Todos fueron muy contentos de su voluntad, y para cumplimiento della le ofrescieron su favor; y ella, pues supo que en el templo de Diana hallaría su Syreno, quedó muy alegre del concierto, y con la esperanza del venidero placer dió aquella noche á su cuerpo algún reposo, y tuvo en el corazón un no acostumbrado sosiego.

Fin del libro primero.

LIBRO SEGUNDO

DE DIANA ENAMORADA

Es el injusto Amor tan bravo y poderoso, que de cuanto hay en el mundo se aprovecha para su crueldad, y las cosas de más valor le favorecen en sus empresas. Especialmente la Fortuna le da tanto favor con sus mudanzas, cuanto él ha menester para dar graves tormentos. Claro está lo que digo en el desastre de Marcelio, pues

la Fortuna ordenó tal acontecimiento, que de su esposa Alcida forzado hubo de dar crédito á una sospecha tal que, aunque falsa, tenía muy cierto ó á lo menos aparente fundamento; y dello se siguió aborrescer á su esposo, que más que á su vida la quería, y en nada le había ofendido. De aquí se puede colegir cuán cierta ha de ser una presunción, para que un hombre sabio le deba dar entera fe: pues ésta, que tenía muestras de certidumbre, era tan ajena de verdad. Pero ya que el Amor y Fortuna trataron tan mal á Marcelio, una cosa tuvo que agradescelles, y fué que el Amor hirió el corazón de Diana, y Fortuna hizo que Marcelio en la fuente la hallasse, para que entrambos fuesen á la casa de Felicia y el triste passase sus penas en agradable compañía. Pues llegado el tiempo que la rubicunda Aurora con su dorado gesto ahuyentaba las nocturnas estrellas, y las aves con suave canto anunciaban el cercano día, la enamorada Diana, fatigada ya de la prolija noche, se levantó para emprender el camino deseado. Y encargadas ya sus ovejas á la pastora Polyntia, salió de su aldea acompañada de su rústica zampoña, engañadora de trabajos, y proveído el zurrón de algunos mantenimientos, bajó por una cuesta, que de la aldea á un espeso bosque descendía, y á la fin della se paró sentada debajo unos alisos, esperando que Marcelio, su compañero, viniese, según que con él la noche antes lo había concertado. Mas en tanto que no venía, se puso á tañer su zampoña y cantar esta

Canción.

Madruga un poco, luz del claro día,
con apacible y blanda mansedumbre,
para engañar un alma entristescida.
Extiende, hermoso Apolo, aquella lumbre,
que á los desiertos campos da alegría,
y á las muy secas plantas fuerza y vida.
En ésta amena silva, que convida
á muy dulce reposo
verás de un congojoso
dolor mi corazón atormentado,
por verse así olvidado
de quien mil quejas daba de mi olvido:
la culpa es de Cupido,